

SUMARIO

La buena imitación, por el Capitán Subrio Escápula.—Sobre ascensos.—Algunas ideas del general Percin, sobre el empleo de la artillería de campaña.—Impresiones de un observador en aeroplano.—Bibliografía.

BIBLIOTECA

Pliegos 4, 44, 45 y 46 de «Un año en el ejército italiano», por D. R. Marín del Camp o.

LA BUENA IMITACIÓN

I

Nos encontramos en plena fiebre de extranjerismo. Es una peste peor que el cólera, pues éste solo destruye algunos organismos físicos, mientras que aquel envenena y emponzoña las voluntades y las inteligencias de la masa.

Cuando, al terminar las últimas guerras coloniales, nos convencimos de la necesidad de mejorar nuestras instituciones militares, en lugar de recogerlos en íntima meditación para descubrir nuestros defectos y estudiar la enmienda, nos lanzamos á espigar en el vasto campo del extranjero, dispuestos á pasarnos y hacernos lenguas de todo lo de otras tierras. Primero le tocó el turno á Alemania, y de aquella época datan los progresos que hicimos y en los que aun perseveramos, aunque con menos fuerza viva. Luego correspondió á Francia la gloria de maravillarnos; siguió después Italia, Inglaterra,..... y no sé si llegaremos también á Persia. Y lo más notable del caso es que esa epidemia se ha corrido también á la América latina, si bien hay que añadir que algunos de aquellos jóvenes Estados no han pasado todavía de lo que podríamos llamar período germánico, sea dicho en honra y elogio suyos.

¿Qué desastre, qué desengaño, qué catástrofe padecemos? Por más que busco no encuentro—militarmente hablando—otros hechos que el muy glorioso de las lomas de San Juan y el Caney, donde algunos centenares de españoles, famélicos y convalecientes en gran parte, se batieron y tuvieron á raya á un número diez veces mayor de robustos y bien alimentados norte-americanos, y el de Manila, donde la lucha no fué tan cruenta, pero terminó, en su aspecto militar, de un modo bien poco desfavorable para nosotros. Y lo mismo en Filipinas que en Cuba estábamos aislados de la metrópoli, mientras el enemigo dominaba libremente y á su antojo

el mar. A pesar de ello, no quiso medir sus fuerzas con el grueso de nuestras tropas, sino con una mezquina brigada, punto menos que incomunicada lo mismo por tierra que por mar. Ciertamente, nuestra nación fué vencida, pero en modo alguno quedo derrotado nuestro ejército de tierra. No obstante ¡cuántas leyendas y cuántas tonterías se han escrito sobre *nuestras derrotas!*

Admitamos por un momento que esto sea cierto, puesto que de hecho lo admitió la masa general del pueblo, y admitamos también que habiendo fracasado nuestras instituciones armadas fuera conveniente inspirarse en las ajenas. Si esto es lógico, lógico ha de ser también que no vayamos á buscar el modelo en ejércitos que han sufrido reveses incomparablemente mayores que los nuestros. Dentro de este principio, pasemos una ligera revista á las principales potencias europeas.

Alemania hace casi un siglo que ha resultado vencedora en todas las luchas que ha sostenido. Bien está, pues, que se la mire como ejemplo, sobre todo observando que de día en día es más perfecto su ejército.

Francia sufrió tremendo desastre en 1870-71; posteriormente, no se ha acreditado gran cosa en Argelia, ni en Marruecos—aparte del reciente mando del general Lyantey—, ni casi tampoco en la Indo China, ni en Madagascar, países estos últimos que sometió, lo mismo que nosotros sometimos á los indígenas de Mindanao, y á otros salvajes, con menor alarde de fuerzas y menos recursos. Se dirá que su ejército ha mejorado, que la instrucción, que la iniciativa, que el oficial, que el soldado..... A ello respondo que el día de la próxima guerra europea hablaremos de estos tópicos, y que lo realmente cierto, es que se derraman á manos llenas los sacos de oro en beneficio del ejército: la despensa bélica está archirepleta y los cocineros se portan regularmente cuando han de guisar para sí mismos; veremos que sucederá cuando se presenten convidados.

Italia pasó por el bochorno, único en Europa, de ser arrojada á viva fuerza de las tierras africanas y ser vencidas sus armas en campo abierto por *despreciables* y *ridículos* abisinios; actualmente, su perfectísimo ejército, hace muchos meses que se halla frente á un puñado de turcos y á unas hordas de árabes, sin apenas haber adelantado un paso; según las noticias de aquella prensa, se ha limitado á ocupar algunas islas indefensas y á enterrar millones de adversarios á cambio de unos cuantos centenares de bajas propias. Verdad es que tampoco los piemonteses brillaron mucho cuando guerrearón contra Austria. Ahora su ejército es tal y cual, la oficialidad es la última palabra de todas las cualidades y virtudes, el soldado, etc., etc., etc. Esperaremos, para dar crédito á tales palabras, á que las confirmen los turcos. Y así como los germanófilos se enternecen cuando ven un casco, dejemos que los italianófilos se derriban y conmuevan al distinguir las airosas plumas de los sombreros ó las menguadas guerreras, que aquí habrían sido objeto de toda clase de cen-

suras por les mismos que las miran allí con los ojos encandilados.

Inglaterra es verdad que tuvo el famoso hecho de Jartum, que venció con su dinero á los egipcios, que se puso en evidencia en la India, que se cubrió de algo que no es precisamente gloria en el Transvaal; pero, no importa, admiremos á Inglaterra, y, si se quiere, también al Canadá, y aun á la Australia.

Rusia ¡oh, el poderío de Rusia! pegó á los turcos, pero no pudo vencer á los japoneses; menos mal que en Sebastopol se dió el caso in-udito de que pudiera permanecer meses y meses un ejército extranjero, sin que nadie le molestase, aparte de los defensores de la plaza. No la hemos descubierto aun, pero pronto le llegará el turno, y aquel día pediremos que nuestros oficiales lleven los sables con el filo atrás, como los moscovitas.

¿Para que seguir esa negra recapitulación, causante de las farsas históricas que padecemos? Basta, y aun sobra, con lo dicho.

Hay por desgracia, entre nosotros, personas ilustradas que creen de buena fé que los oficiales extranjeros se pasan el día trabajando y aprovechan las cortas horas de descanso para descismarse estudiando. Declaro que no he sido favorecido con la amistad de ilustres extranjeros, pero algo he visto también de fuera de casa, y, sin duda porque he mirado las cosas superficialmente, me ha parecido que los oficiales de esos ejércitos tan decantados son unos perfectos hombres de mundo, uno de los mayores encantos de la sociedad cuyo trato cultivan con grande asiduidad, y que las cervecerías, los teatros, los bars y los casinos, están llenos de tan laboriosos é incansables oficiales. ¿Qué otra cosa harían, si muchos actos á los que asisten los nuestros y en la que la tropa está ocupada, no los presencian aquellos? Es innegable que en Alemania, como en Italia, como en la China, hay oficiales adocenados y amigos de pasarlo bien, y oficiales distinguidos y entusiastas; pero nuestros órganos visuales y nuestro entendimiento—hablo en términos generales—están organizados de tal modo que advierten todo lo bueno del extranjero y no descubren lo malo, resultando de ello mil exageraciones y juicios equivocados. Pero, todavía hay más, porque se dá el caso de que ciertos detalles, á todas luces defectuosos y peores que los nuestros, les parecen de perlas á los tales fanáticos tocados del amor á lo extranjero.

¿Quiere esto decir que no tengamos nada que corregir? Jamás lo he creído, ni lo creeré. Lo que digo es que esos ejércitos tan ensalzados poseen unos elementos en hombres y dinero de que nosotros carecemos; y, por consiguiente, pueden desplegar á los atónitos ojos de los cándidos un aparato formidable que los enloquece—y esto es lo malo—, pero que al mismo tiempo tales elementos ponen en condiciones á la oficialidad para ejercitarse en el mando y aprender—y esto es lo bueno—.

Podría tolerarse esa peste si el atacado de ella la encerrase en si mismo, aunque ello le condujere á los mayores desvarios. Lo que no puede

admitirse es que propaguen el virus nocivo y lleven el desaliento á los demás, porque el efecto menos malo que causan es engendrar un sentimiento de menosprecio hacia lo propio, de lo que se origina la desconfianza en lo nuestro y un prejuicio que el día de mañana podría conducirnos á una catástrofe.

Muy puesto en razón está que nos den á conocer cuanto digno de lo haya en otros países. Pero el que se dedica á tal labor ha de huir de espejismos y tener un criterio muy firme para no dar como oro lo que es oropel, ni como plata el estaño. En último término, más vale abstenerse de emitir opinión que el de tocar el bombo sin que á menudo venga á cuento. Más, sólo son responsables en parte del daño que causan, porque si la opinión no estuviera predispuesta á favor del extranjero, no encontrarían atmosfera propicia para sus propagandas, á veces inconscientes y por lo común ó siempre inspiradas en un recto deseo.

El análisis menudo de los detalles y pequeñeces que, escudriñando, aparecen en otros ejércitos, para presentarnoslos como ejemplo digno de imitación, es una labor apartada totalmente de la realidad, y me recuerda el caso del habitante del antro del Africa que quería ataviarse como los elegantes de París. Hay que atender primero al medio, al carácter, al modo de ser formado por el proceso histórico de muchos siglos, y, antes que nada, á las necesidades nacionales; si olvidando este punto fundamental, tomamos un detalle del ejército A, un reglamento del B, una costumbre del C, cortaremos un traje arlequinesco que trabará nuestros miembros y nos incapacitará para movernos con desembarazo y ser útiles, no pasaremos, á lo sumo, de ser una máscara de vistoso aspecto, pero personalidad fingida y artificiosa, al fin.

Oigan y atiendan estos consejos los ejércitos de la América latina; de lo contrario aún perderán más que nosotros.

Para reformar un ejército, y un general un organismo cualquiera, no hay que mariposear por la superficie de las cosas, sino que ha de comen-zarse por sentar las bases del problema á resolver. Y como la materia es larga, quédese su conclusión para otro día.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA

SOBRE ASCENSOS (1)

El ilustrado director de la *Revista de Caballería* acaba de publicar un opúsculo titulado "Sobre ascensos", en el que propone un método lo mismo en paz que en guerra, fundado en la mejora de antigüedad de uno á seis meses, en virtud de propuestas que deberían formularse semestralmente. Al terminar, el autor invita á los generales, jefes y oficiales que

(1) Véase la Bibliografía.

lean el folleto á que manifiesten su opinión sobre las conclusiones del mismo; un deber de cortesía nos mueve á recoger esa invitación, aunque, por la escasez de espacio, no podremos dedicar al asunto toda la atención que merece el tema y el buen deseo y entusiasmo del Capitán D. Teodoro de Iradier.

A juicio del autor, toda ley de ascensos debe cumplir las condiciones siguientes: 1.^a Asegurar un buen cuadro de oficiales en los diferentes empleos; 2.^a Ser esencialmente nacional, por lo que conviene fundarla en la selección de méritos y no de defectos; 3.^a Intervención en la aplicación de la ley de los Jefes directos del conceptuado, empezando por su inmediato superior; 4.^a Que la ley, en su esencia, en su doctrina, en su fundamento, sea la misma en paz que en guerra, é igual para todas las Armas y Cuerpos del Ejército, sin excepción ninguna.

No entra en nuestro propósito, ni sería pertinente, someter á un detenido exámen crítico las ideas y apreciaciones contenidas en el folleto, por lo que, haciendo constar que en principio estamos de acuerdo con aquellas cuatro condiciones, nos limitaremos á decir que las encontramos incompletas: desde el momento en que se vaya á la elección—franca ó embozada—lo primero que se impone es que el criterio que premia ó castiga sea el *mismo* para todos, y no hijo de la apreciación personal de gran número de individuos á los que se conceda facultades para premiar con ascensos ó mejora de antigüedad: que para el caso es lo mismo, pero mucho más grave.

El método propuesto por el Sr. Iradier viene á ser en esencia una atenuación del que rige en Francia, con la ventaja á su favor de que el ascenso se substituye por la mejora de antigüedad, y con el inconveniente, respecto del francés, de que á una autoridad única que distribuye las mercedes, substituye otras muchas, no siempre de jerarquías elevadas, como se verá por el resumen que á continuación exponemos, reducido á lo más principal.

Según el Sr. Iradier, el número de meses para el mejoramiento dentro de cada empleo, sería igual al número de individuos del mismo empleo entre los que habrán de repartirse, exceptuándose por lo menos la mitad, para que las mejoras de antigüedad recaigan exclusivamente sobre la otra mitad. Quedan exceptuados del beneficio los jefes y oficiales que sirvan en regimientos y depósitos de reserva, zonas de reclutamiento, delegaciones, jueces, comisiones liquidadoras, subinspecciones, etc., etc. En asunto de tanta importancia convendría puntualizar bien y no emplear el vocablo indefinido, etc.; además, no creemos equitativo que se reconozca el derecho á mejora á los que sirvan en remontas y depósitos de sementales, por ejemplo, y no á los que el Sr. Iradier exceptúa; si se alambica, más propio es de los servicios llamados á desempeñarse en la guerra y ser preparados en paz, un depósito de reserva que un depósito de sementales. Quedan

también exceptuados los jefes de contabilidad, auxiliar de mayoría, re- puesto, cajero, jefes de terceros batallones, pero en cambio—si bien se les despoja de la ventaja—se les cuenta para la determinación de meses asignados á los de su clase, es decir, que se les condena á servir de esca- bel á sus compañeros. Puede ser mejorada la antigüedad de los Ayudan- tes, personal del Ministerio—y los de las Subinspecciones, etc., no—, Es- tado Mayor Central, Dirección de Cría Caballar,—¿por qué?— y Consejo Supremo —y los jueces, no.

El método funcionaría de este modo: dentro de cada regimiento, los Capitanes de compañía formarían relación expresiva de méritos de los Tenientes á sus órdenes, durante el semestre; los Comandantes y Tenientes Coroneles pondrían el Enterado y Visto Bueno, comprobando el valor real de los méritos adu- idos; y el Coronel formaría una relación general que leería á los jefes y Capitanes con mando de unidad, oyendo las observa- ciones que se formularan. Sometida al General de la Brigada, éste conce- dería el adelanto de los puestos (toda vez que ascienden con la misma an- tigüedad las promociones de segundos tenientes). Exactamente lo mismo se haría en lo que atañe á los capitanes. Para los comandantes, intervendr- ía el Teniente Coronel, el Coronel, el General de la Brigada, y conce- dería las mejoras el General de División. El Capitán General de la Región de un modo análogo, sería el árbitro supremo para los Tenientes Corone- les, y el Ministro para los Coroneles.

En teoría, con hombres sabios, justos, prudentes, rectos, ecuanimes, sin pasiones, ese sistema podría funcionar sin graves inconvenientes; pero en teoría, y con hombres de las mismas cualidades, daría mejor resultado el de la elección pura y resuelta, ó el de la antigüedad *sin defectos*—que no es más que una selección—, que es el sistema vigente en España.

Se ve desde luego que el autor ha querido evitar el escollo terrible en que fracasan todos los sistemas, el del favoritismo, el de la amistad, el de la *debilidad* humana, en una palabra; pero huyendo de él ha caído en otro mayor: á la debilidad única substituye las debilidades de muchos.

A nuestro juicio no es admisible el método propuesto, por muchas ra- zones, de las que expondremos las principales:

1.^a La aparente pequeñez de la recompensa. Siempre las recompensas importantes, los ascensos, son objeto de seria atención por parte de la autoridad que los concede, puesto que tienen trascendencia á toda la ma- sa de oficiales y el Superior se ve obligado á revestir de las mayores ga- rantías de imparcialidad y justicia el fallo. Pero cuando las recompensas son de poco alcance, se deja sentir la *fragilidad* humana, cunde el espiri- tu de benevolencia y se abre la mano; recuérdese lo que sucedía años atrás con los grados y actualmente con las cruces pensionadas.

2.^a No habrá jefe de cuerpo que se preste á confesar y reconocer pú- blicamente que en su unidad no se trabaja ni hay excelente personal; de

donde, las propuestas no se limitarán á los oficiales distinguidos, sino siempre se extenderán á la mitad del total de la clase. Y como no en todos los cuerpos la oficialidad tendrá, ni ha tenido nunca, el mismo valor, sino unos cuentan por azares de las circunstancias, con mejores oficiales que otros, serán injustamente postergados oficiales dignos y premiados otros que no lo merezcan tanto. Por otra parte, aunque todos los cuerpos demostrarán sobre el papel que han trabajado todo lo deseable en el semestre, no hay duda que—también por multitud de circunstancias—en unos regimientos se apreciará bien ó se tendrán fundamentos para apreciar el mérito, mientras que en otros la clasificación será á beneficio, no de los mejores, sino de los más dóciles, de los más sumisos, de los que mejor sepan congraciarse con los superiores.

3.^a En la inmensa mayoría de los casos, el general de brigada no conocerá personalmente á los tenientes, ni tendrá juicio formado sobre ellos, por lo que concederá las mejoras de puesto con arreglo á lo que le proponga el coronel, sino se deja llevar por los sentimientos que precisamente pretende descartar el Sr. Iradier. Lo mismo acontece con los generales de división en lo que atañe á los capitanes, y así sucesivamente. En todos los casos, premia quien no posee datos sobre los méritos del agraciado, y para este resultado no vale la pena de modificar lo actual.

4.^o Los cambios, siempre frecuentes, de capitanes, jefes y generales, implicarían continuas mudanzas de criterio, porque lo que es recomendable y aun sobresaliente para unos, no pasa de ser corriente y vulgar para otros. De hecho, el porvenir de la oficialidad estaría á merced del capricho ó del azar.

5.^o Si un teniente es conocido por su capitán y los jefes ¿quién conoce al Teniente Coronel de un batallón, aparte de su coronel? Este sería, en realidad, el árbitro de todos los jefes y oficiales de su cuerpo, lo cual en modo alguno puede aceptarse. Y no se diga que si la calificación es razonada, que si el Coronel cuidará de justificar su parecer, etc., etc.; está mandado que se ponga el mayor escrúpulo en la conceptuación de las hojas de servicio, que son las bases para ascender *sin defectos*, y en la práctica para nada sirven tales documentos.

6.^o Un coronel que hable y escriba correctamente, que sea simpático, que frecuente los centros elevados, militares ó no, sacará á flote á sus subordinados, en menoscabo de aquellos que sirvan á las órdenes de un jefe que tenga formado un estrecho concepto del deber y no guarde con sus superiores otras relaciones que las oficiales. El Coronel que quiera postergar á un Jefe, le destinará al tercer batallón ó le nombrará mayor; lo mismo sucederá con el capitán auxiliar. ¿Puede admitirse que se ponga la carrera de un jefe en manos de un coronel?

7.^o El sistema—que el autor detalla para infantería—sería completamente inaplicable en otras armas.

El mérito de los jefes y oficiales no puede aquilatarse en décimas, centésimas y milésimas, ó sea en meses de antigüedad. No cabe más que una clasificación en tres grupos: 1.º los realmente distinguidos, que no llegan á un centenar en todo el ejército; 2.º los incapaces, muy pocos también; 3.º la masa general, que está poco más ó menos á la misma altura, pues se compensan las cualidades y defectos de unos y otros, resultando éstos más aptos para un servicio, aquéllos para otro, los de más allá para un tercero, pero todos susceptibles de cumplir bien y fielmente sus deberes en campaña.

De donde se infiere que, á nuestro juicio, no cabe más solución que la de ascender—con las limitaciones de antigüedad, informes, trabajos de carácter personal y pruebas de aptitud ante un tribunal *único*—á los distinguidos; conservar la promoción por antigüedad para la masa general y postergar ó eliminar á los incapaces é ineptos.

Si bien lo medita, el Sr. Iradier, que tantas pruebas de talento y buen criterio tiene dadas, será de nuestro parecer, y se convencerá de que queriendo buscar el máximo de garantías para substraer los ascensos de la influencia personal, ha caído en ese defecto, muy agravado. Con su sistema, triunfarian las medianías, los oficiales más complacientes, mejor recomendados, más simpáticos; y el mérito verdadero, el oro de ley, siempre indómito, altivo, conecedor de su valer, quedaría postergado, porque ese mérito es, por regla general, más apreciado fuera de su unidad que por sus compañeros y jefes inmediatos.

De todos modos, el Sr. Iradier ha cumplido honradamente exponiendo sus ideas. Si todos le hubieran imitado, es probable que del aparente caos que se formara, brotara alguna luz que permitiera resolver bien el problema, sin vista ninguna á lo que se hace más allá de nuestras fronteras.



ALGUNAS IDEAS DEL GENERAL PERCIN,

SOBRE EL EMPLEO DE LA ARTILLERÍA DE CAMPAÑA

El general Percin es sin disputa el iniciador y propagador de los actuales métodos de combate de la artillería francesa. Sus opiniones, que tropezaron con muchos impugnadores, lograron imponerse, gracias á haber ejercido el general, durante cinco años consecutivos, el cargo de inspector del tiro de la artillería de campaña. Pasado á la sección de reserva por edad, en 1911, ha resumido sus puntos de vista en un libro titulado "Cinco años de inspección", que es todo un curso de empleo táctico de aquella clase de artillería. En la imposibilidad de resumirlo, porque comprende gran variedad de materias, daremos un breve extracto de una parte de él.

El empeño principal de la artillería ha de concentrarse contra la infantería enemiga; rara vez conducirá á un resultado decisivo la lucha de artillería, hace años tan en boga y hoy completamente desacreditada.

En la ofensiva, se conocerán casi siempre las posiciones del adversario, indicadas por la forma del terreno ó dadas á conocer por la infantería atacante, mantenida en estrecho enlace con su artillería. No importa en este caso que se invierta algún tiempo en la corrección del tiro, porque el defensor no se moverá de su posición. La intensidad del fuego ha de ser grande, para que el adversario no abandone sus abrigos, especialmente cuando la infantería del ataque debe atravesar zonas descubiertas; se requiere también, en este concepto, un perfecto y continuo enlace entre esa infantería y su artillería. Después, las baterías dirigirán un fuego acompañado, con pausas, procurando batir cada batería el mayor frente posible.

Si los objetivos son obstáculos, naturales ó artificiales, el capitán podrá apartarse de su batería para reconocerlos bien y relacionarse con la infantería; pero será mejor que se reserve personalmente la dirección del fuego de sus piezas, y destaque á vanguardia un oficial. En el momento del asalto, el capitán debe saber el instante preciso en que ha de ejecutarse, para no herir á la infantería propia y alargar el tiro, que dirigirá contra las reservas enemigas.

En la defensiva se presentan objetivos móviles, dispersos, en posiciones poco definidas, difíciles de determinar. La artillería procurará observar la marcha del atacante, investigar las zonas cubiertas, precisar las posiciones de fuego y conocer los espacios descubiertos. Estos cometidos son difíciles y requieren mucha habilidad y práctica, á la par que un gran conocimiento del terreno.

En general, la infantería atacante avanzará en grupos débiles y con intervalos irregulares, por lo que no conviene reunir el fuego de toda la artillería, tanto más porque se le asignará un frente extenso que vigilar y convendrá conservar disponible el mayor número posible de piezas.

El método mejor para regular el tiro de cada pieza será que el capitán le suministre continuamente los datos de tiro en dirección y alcance; aunque esto es difícil, porque se habrá de estar atento á los cambios de situación de los objetivos enemigos, el método ofrece buenas garantías de que funcione bien y se presta á batir todos los blancos.

Contando con la protección de los escudos, convendrá sacrificar en parte la desenfilada, en particular á las pequeñas distancias, para que se pueda hacer la puntería directa y facilitar la resolución de los diversos problemas de tiro.

En lo que atañe á la protección contra el fuego de la infantería atacante, hay que observar que á las grandes distancias la infantería adoptará formaciones sutiles y se moverá, porque en general no hará fuego. Hay quien sostiene que á tales distancias los efectos del tiro de artillería serán

escasos, por lo que será preferible mantenerse en observación y batir los objetivos que se presenten á un buen alcance. Aparte de maniobras determinadas, ocurrirá á menudo que la infantería enemiga, no sospechando estar expuesta al tiro de artillería, se presente al descubierto en formaciones vulnerables; entonces, las baterías procurarán encuadrar el terreno y recuperarán ese fuego rápido, esforzándose en rectificarlo pronto. A las pequeñas distancias, la infantería enemiga desplegará en tiradores; todavía entonces podrá obtener buenos resultados la artillería de la defensa. A medida que se vaya acercando la infantería, las guerrillas irán siendo reforzadas, por lo que la artillería será susceptible de un buen aprovechamiento, situándose de enfilada ú oblicuamente y abriendo el fuego por secciones ó piezas sueltas.

La elección de posiciones ha de subordinarse á la misión encomendada á las baterías. No debe haber prisa en ocupar las posiciones, porque la infantería, salvo casos excepcionales, tendría siempre interés en esperar algunos minutos más la apertura del fuego de su artillería, para que resulte más eficaz y sea de mayor ayuda. Por otro lado, la artillería puesta en posición sin haber recibido un cometido determinado, se substraerá difícilmente á la natural tendencia á romper el fuego contra los blancos que tenga delante, revelará su presencia y, empeñándose antes de tiempo, no quedará ya disponible para otros fines. Esa prisa en hacer que las baterías entren en posición es causa, á menudo, de cambios de posición y de que no desempeñen satisfactoriamente su papel. Cuando no haya dudas sobre la posición que ha de ocuparse, habrá tiempo para efectuar reconocimientos, preparar el tiro y abrir un fuego de sorpresa; pero esto ocurrirá pocas veces, por lo que será preferible mantener las baterías cerca de las posiciones que han de ocupar, de modo que puedan tomar en pocos minutos la que esté en armonía con la situación. Fijado el objetivo, se estudiará la desenfilada máxima que consienta batir bien el objetivo, para cubrirse en lo posible, sin perjuicio del tiro, y evitar que la artillería enemiga cause perturbaciones en el tiro de la propia; además, si se consigue este resultado, quedarán más piezas disponibles para otros fines.

El cometido asignado á cada batería no ha de ser inmutable para toda la duración del combate, pudiendo variar con la situación de éste. Una misma batería podrá dividirse en dos partes, una contra artillería y la otra contra infantería.

Para obtener del fuego los mayores resultados posibles, conviene sujetarse al principio del contraataque, consistente en batir un objetivo y procurar destruirlo cuando está empeñado contra otro blanco. Tampoco hay que dejar de batir el objetivo para responder al tiro de obra batería, porque así se perdería la ventaja de la corrección, ya hecha, del tiro contra aquel. Sobre la artillería adversaria deberá hacer fuego otra batería, bien de las disponibles, bien de las que hayan terminado su cometido; y, en

último caso, se podrá continuar el fuego con algunas piezas y dedicar las otras al nuevo adversario.

El método mejor para asignar el cometido á las baterías consiste en dejar á cada una la vigilancia de toda la zona asignada al grupo, pero estableciendo la sucesión en la que deben abrir el fuego contra los objetivos que se presenten. El comandante del grupo quedará en libertad para vigilar la ejecución del tiro de todas sus piezas, dirigir el reabastecimiento de municiones, proveer á la seguridad de las posiciones ocupadas, preparar los probables cambios de posición é interesarse en la acción de las baterías de infantería, que son los más importantes y las que más debe vigilar.

En lo que atañe al fuego de las contrabaterías, ha de notarse que la artillería enemiga solo se revelará por los fogonazos de los disparos, por lo que no siempre se podrá determinar la amplitud del frente que ocupa y que ha de batirse, y no se tendrá otro guía que el examen del terreno y del método de tiro empleado por el adversario, lo que aconseja no se descuide en tiempo de paz el estudio del empleo de la artillería de los presuntos enemigos.

El tiro de neutralización es el que se endereza á que cese el fuego enemigo, ó por lo menos, perturbarlo para despojarlo de eficacia.

La intensidad del tiro de neutralización depende de la moral del adversario, pues mientras hay tropas que interrumpirán su fuego antes de sufrir bajas, otras lo continuarán aunque tengan pérdidas grandísimas.

Se empleará este tiro siempre que haya imposibilidad de destruir el objetivo enemigo ó ello exija un consumo de municiones inadecuado con el resultado. Tiene grande aplicación contra las baterías con escudos. Dados los pocos efectos materiales que produce, este tiro habrá de ser de larga duración. Su principal dificultad estriba en determinar el número de granadas que han de lanzarse en la unidad de tiempo, y de los instantes en que ha de activarse el fuego porque el enemigo vuelva á reanudar su acción; ello precisa una gran vigilancia, y una rápida resolución por parte del jefe de la batería. Como la interrupción del fuego no es señal inequívoca de estar fuera de combate, no es prudente disminuir el número de piezas empleadas en este tiro apenas el enemigo cese el fuego.

Aunque una batería esté sometida al fuego enemigo, continuará su tiro á condición de que esté corregido; se encontrarán en peores condiciones las baterías de infantería de la defensa, porque tendrán á su frente objetivos móviles.

Con el material actual, no hay que pensar en destruir las baterías enemigas; basta neutralizar su fuego, lo que se podrá obtener, ya con la superioridad numérica, ya situando mejor las baterías propias, ó por la mayor habilidad en el empleo de los fuegos.

La lucha de artillería no será ya en lo porvenir un acto preliminar ó separado de la batalla, de resultado definitivo y con el que antes se contaba

para emprender el ataque de infantería. Dicha lucha no se interrumpirá en todo el combate y rara vez conducirá á consecuencias prácticas. En lo posible, conviene rehuirla, por medio de la desenfilada y de la protección de las máscaras laterales, porque basta un poco de niebla, la incertidumbre sobre la distancia ó cualquier otro incidente, para que la lucha de artillería se reduzca á un consumo inútil de municiones.

En compensación, de ordinario se podrán determinar fácilmente las posiciones de infantería y el tiro bien corregido contra ellas dará muy apreciables resultados. La conquista de un punto de apoyo ó de una parte de la posición ocupada por la infantería, podrá acarrear la caída de los puntos inmediatos ó, al menos, facilitarla mucho, lo que á su vez ocasionará la retirada de las baterías próximas.

De aquí que en la ofensiva el tiro de las baterías de infantería tenga grande importancia.

En la defensiva, es equivalente la importancia de las contrabaterías, á la de las baterías de infantería, y el mejor servicio que aquellas pueden prestar á su infantería es librarla del fuego de la artillería. De esta suerte, mientras el atacante procura evitar el duelo de artillería, el defensor ha de esforzarse en empeñarlo.

Si las baterías de infantería, pese á la protección de las contrabaterías no consiguen resultados eficaces, será menester reforzarlas. Para ello hay que examinar cuales son las posiciones ocupadas por las baterías adversarias, deduciéndolas de los fogonazos, examinar cuales son las pocas batidas y dedicar las baterías de refuerzo á contrabaterir estas últimas. Por medio de las noticias recibidas y del atento examen del desarrollo de la lucha, se podrá precisar mejor sobre qué objetivos conviene dirigir el fuego de las baterías de refuerzo.

Cuando la artillería en posición está toda empeñada, si el enemigo pone en acción nuevas baterías ó si dispone ya de un número muy superior al nuestro, habrá de recurrirse á nuevas unidades de refuerzo. No conviene para esto valerse de una batería ya empeñada, porque se la expone á que el enemigo, que tiene la ventaja de la apertura del fuego, la reduzca al silencio.

En presencia de una artillería numerosa, será difícil discernir cuales son las baterías que baten nuestros objetivos; lo mismo le acontecerá al enemigo, cruzándose los fuegos sin que, á veces, cada cual responda á su antagonista directo. Conviene, pues, que las baterías se preocupen sólo de los cometidos y eficacia de su propio grupo. Se repartirá el frente en tantas zonas como grupos se quiera empeñar, asignándose á cada uno una de aquellas, sin preocuparse de si las baterías enemigas que se encuentran en la zona respectiva disparan sobre el grupo ó sobre otro. A veces será conveniente cruzar el tiro, asignando á cada grupo, no la zona de delante sino la lateral, lo que requiere que el terreno sea descubierto y de crestas casi paralelas.

Finalmente, es de notar la tendencia del general Percin, adoptada por la artillería francesa, de emplear el número de baterías estrictamente indispensable para llenar los cometidos ordenados, ó sea el principio de la economía de fuerzas; mientras que el principio fundamental de la artillería alemana consiste en concentrar el mayor número posible de piezas, para lograr antes resultados decisivos. Tal vez esa disparidad de criterio obedece al hecho de que, hasta fecha muy reciente, la dotación de artillería del cuerpo de ejército alemán era mayor que la del francés. Ahora están equilibradas las fuerzas, pero no han variado aun los métodos tácticos.

IMPRESIONES DE UN OBSERVADOR EN AEROPLANO

En las maniobras realizadas por el ejército ruso en Polonia, en septiembre de 1911, tomaron parte varios dirigibles y aeroplanos; éstos últimos tuvieron á su cargo casi todos los cometidos que han de desempeñar en tiempo de guerra, por lo que resulta interesante conocer algunos detalles de la Memoria escrita por el Coronel Kontchevski, que fué como observador en uno de los aparatos.

“Mi primer vuelo sobre un Blériot me produjo una profunda impresión. El choque del aire, procedente tanto de la hélice que gira delante de los aviadores, como del movimiento hacia el frente del aparato, es muy violento. El ruido extraordinario del motor, que dá 1.200 revoluciones por minuto, no permite oír á mi compañero sentado á mi lado; para poder oírle, es menester gritar á su oído á plena voz. Las ligeras oscilaciones del aparato al menor viento lateral ó en los virajes, las pequeñas sumersiones provocadas por los remolinos aéreos resultantes de las diferencias de temperatura entre el aire y el suelo, y el sentimiento natural, penoso, que aqueja á uno cuando por primera vez se mira de arriba abajo desde una grande altura, constituyen en su conjunto factores que hacen mucho efecto.

“Por otra parte, viendo el horizonte inmenso que se desarrolla ante los ojos, y los aspectos diversos del país que se suceden como en un kaleidoscopio, sintiendo que el aeroplano está guiado por manos expertas á las que obedece, se experimenta un poderoso sentimiento de satisfacción, se tiene conciencia del valor de la inteligencia humana, y se está satisfecho de si mismo.....“

“En una palabra, es difícil describir la totalidad de las sensaciones que se apoderan de uno y le procuran un goce profundo y poderoso. Cuando se las ha disfrutado una vez, se desea sentir las de nuevo y se maldice al tiempo si por causa de un viento violento ó de circunstancias climatéricas desfavorables no se puede volar.

“Ignoro si esa sensación de placer es general á todos los aviadores,

asi como si la experimentan en el mismo grado. El aviador debe estar atento sin cesar á sus aparatos, vigilar á la vez el trabajo del motor y las oscilaciones de su aparato para mantenerle en equilibrio y dirigirlo, observar el barógrafo, etc.

“El observador no tiene más que vigilar el paso de la bencina del depósito inferior (de reserva) al depósito superior (de distribución) que asegura valiéndose de una bomba de mano, seguir la marcha sobre la carta é indicar de tiempo en tiempo al piloto la direccion á seguir ó el punto que desea observar con detalle y con precisión. Pero, aparte de esto, puede gozar enteramente de la belleza del espectáculo y entregarse á las impresiones variadas que se refunden en un goce intimo”.

“Subimos al aparato. El barón (piloto) comprueba la acción de los mecanismos y se asegura de que todo está en orden. Ante nosotros se encuentra el barógrafo que nos indicará la altitud, un reloj, una brújula y un aparato indicador del número de revoluciones de la hélice por minuto, un aparato fotográfico, etc.

“Sobre la blusa, la mayoría de los aviadores llevan una guerrera de cuero, sobre la cabeza un casco de tricot cubierto por otro que está almohadillado con corcho y fieltro y revestido por fuera por cuero flexible, para amortiguar los choques en caso de caída. Luego se ponen las gafas y los guantes, la carta en la mano, y un lápiz pendiente del cuello.

“Yo tengo en las manos un grueso trozo de cartón en una de cuyas caras he fijado, por medio de gomas colocadas á través, una carta coloreada y preparada de antemano. En la otra cara, he colocado una hoja de papel blanco, recubierta por un cartón fino, provisto de una ranura para poder escribir y retener el papel. He escrito de antemano los nombres de las localidades por las cuales hemos de pasar. No hay más que anotar frente á cada nombre la hora del paso.....”

“...Por fin vemos una importante fracción de fuerzas enemigas, por lo menos una brigada de infantería, en formación de combate. Se distinguen las líneas de tiradores, en forma de líneas sinuosas y sutiles interrumpidas. Detrás de ellas, en escalón á la espalda y á la izquierda, una gran columna, semejante á una mancha gris, evidentemente una reserva, está en disposición de abrirse.

“Miro con cuidado las cadenas que están echadas en tierra y han roto el fuego; si no disparasen, nos sería difícil discernir frente á donde están echados los tiradores; gracias al tiro, se ven brillar aquí y allá un cañón de fusil, una bayoneta, ó aparecer la nubecilla blanca de humo que acompaña al disparo. Sólo por un lado al cual hacen frente las cadenas de tiradores puede adivinarse si se trata de fuerzas amigas ó enemigas.

“En la linde de un bosquecillo, y de grandes matorrales, se advierten de tiempo en tiempo pequeñas nubecillas de humo que delatan á la artillería

ría enemiga, que está oculta. A pesar de todos mis esfuerzos para observar, aparte de ese pequeño humo, no veo nada.....“

“El comandante del cuerpo de ejército ordenó al aviador que llevara una orden á una columna de caballería que se encontraba en nuestra extrema derecha. El teniente Dibovski colocó la orden en un tubito, fué en busca de la caballería y le arrojó la orden en poquísimo tiempo, y al cabo de media hora estaba otra vez frente al comandante del cuerpo de ejército preguntando si tenía que darle una nueva orden. Después de haber dado calurosamente las gracias al teniente Dibovski, el general le dió otra misión para la misma columna de caballería, misión que fué desempeñada tan brillantemente como la primera y en el mismo breve tiempo por el infatigable aviador. Esto demuestra que el aeroplano puede servir de notable medio de enlace entre destacamentos que operan á grandes distancias el uno del otro.....“

“Conviene señalar un ataque ejecutado, el 15 de septiembre, por dos Blériots contra un globo dirigible que venía de Brets.

“A las once y media, uno de los aviadores exclamó de pronto; ¡Mirad, señores, un dirigible enemigo! Efectivamente, en el horizonte, por encima de la extremidad S. de Partchev, se veía un dirigible que presentaba al hangar tan pronto el flanco como el extremo. Parecía flotar á poca altura sobre nosotros y permanecer casi en su sitio.

“El grito anunciando la aparición del dirigible apenas se había extinguido, cuando á los pocos minutos el teniente Dibovski estaba ya en marcha, y luego el barón Buxhovden conmigo. Dibovski, tomó rápidamente la altura deseada y se puso á describir rápidamente círculos por encima del dirigible. Con el barón, describimos primero dos pequeños círculos y nos encontramos á 300 metros sobre el dirigible que en aquel momento marchaba recto hácia nuestro hangar. Ibamos á cortar su ruta y en pocos minutos, dos ó tres, nos encontramos matemáticamente encima de él. El barón piloteaba y yo le indicaba con la mano la dirección, mirando por mi ventana para llegar sobre nuestro grandioso enemigo; ciertamente, con algunas granadas habríamos tenido la mayor facilidad en destruirle.

“Así mientras que el dirigible, con algunos cambios de dirección, no había recorrido más que cinco kilómetros, dos aeroplanos Blériot habían conseguido elevarse á la altura necesaria para dominarle. El teniente Dibovski pasó dos veces por encima de él, y tomó algunas fotografías en el momento de hallarse verticalmente encima. El aeroplano del barón Buxhovden pasó una vez.

“En ninguna otra ocasión nos elevamos tan rápidamente como en aquella.

“El barón me dijo enseguida que tenía miedo de dar un salto mortal con nuestro aeroplano. Era la primera vez que dos aeroplanos se elevaban en el centro del día, mientras que habitualmente, en la escuela de aviación,

los vuelos se ejecutan por la mañana temprano ó por la noche á la caída de la tarde, porque el viento es entonces generalmente débil y la temperatura de la tierra y del aire son sensiblemente iguales, de modo que no hay remolinos como en el centro del día, hora á la que la diferencia de temperaturas del aire y del suelo es muy pronunciada.

“Además, nuestro ataque al dirigible se ejecutó lloviendo; una vez en el aire, la lluvia nos pareció muy violenta. Las gotas nos azotaban el rostro sin piedad y nos lastimaban la vista, porque con las prisas no habíamos tomado la gafas.

“El vuelo duró en total 25 minutos, y cuando descendimos el dirigible había ya aterrizado. Su navecilla descansaba en tierra y su enorme cuerpo se balanceaba ligeramente en el aire, retenido por una media compañía de soldados por medio de cuerdas fijas á las redes echadas sobre la parte superior del dirigible“.

BIBLIOGRAFIA

Sobre ascensos, por el Capitán de Caballería D. Teodoro de Iradier.—53 páginas.—Madrid, 1902.—1 peseta.

En otro lugar de este número nos ocupamos con la debida extensión de este folleto, debido á la bien cortada pluma del conocido autor de la *Revista de Caballería*, á quién saludamos cariñosamente.